

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



25
Grs

592

DE DANIELS

RICARDO CORTEZ
EL HALCON

DEL RUTH, Roy
LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Francisco - Mario Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI · BARCELONA N.º 592

* The Maltese Falcon, 1931

EL HALCÓN
Nov. de Dashiell Hammett

Intrigante asunto, interpretado por
RICARDO CORTEZ y BEBÉ DANIELS,
entre otros notables artistas.

* En 1941, otra Versión, de J. HUSTON
con H. Bogart

Es un film Warner Bros

Distribuido por

Cinematográfica ALMIRA

Rosellón, 210 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MADGE EVANS

EL HALCÓN

Argumento de la película

Estamos en la populosa ciudad de San Francisco, gigantesca metrópoli donde la aventura y el crimen tienen seguro asilo.

Spade y Archer, detectives privados, tenían su despacho en uno de los rascacielos de la ciudad. Spade nació castigando y seguía siendo incorregible, haciendo de su vida una verdadera profesión de tenorio. Cuando no recibía la visita de amables clientes o perdía el tiempo en amorosas citas, dedicaba a su joven secretaria las ternuras de su temperamento.

Aquella tarde recibió Spade la visita de miss Wonderly, una bellísima mujer cuyos ojos brillaban de fascinadora manera.

Spade la atendió cariñosamente, y le preguntó cuál era el objeto de su visita,

—Mi hermana ha desaparecido, señor Spade. Es una muchacha más joven que yo, una criatura inexperta.

—¿Cree usted que hayan podido raptarla?

—Sí, señor. Sospecho de un tal Thursby. Un sujeto que nos ha venido siguiéndo en el mismo barco desde Hong Kong.

—Deme usted datos y señas.

La joven le hizo un amplio detalle de la personalidad de Thursby, y mientras ella hablaba, Spade la miraba con ardorosos ojos, pareciéndole exquisita y picante.

Entretanto, la bella secretaria, que se hallaba en el despacho contiguo, atendía al teléfono.

—Soy la señora Archer — dijo una voz.— ¿Está mi esposo?

—No, señora Archer.

—Pues hágame el favor de ponerme con Spade.

—Está bien.

La secretaria llamó al despacho de su principal y preguntó a éste si quería ponerse al teléfono.

—Bien. ¿Me perdonará un instante, miss Wonderly?

Tomó el auricular que tenía sobre su misma mesa y dijo:

—¿Quién es?

—Soy yo... Iva... ¡Ven!... Estoy solita...

—No puedo ahora...

—Ya me olvidaste por otra?

—No es eso. Pero estoy ocupado.

—Con quién estás?

—Con un cliente.

En aquel instante apareció el señor Archer,

su asociado, hombre de mediana edad, de aspecto desagradable, inexpresivo.

Spade, sin alterarse, dejó el teléfono, presentó mutuamente a Archer y a Miss Wonderly y explicó a lo que ésta había venido.



—Si alguno de ustedes quiere ocuparse del asunto, le pagaré espléndidamente.

—La hermana de miss Wonderly ha sido raptada por un tal Thursby. Es preciso buscar a ese hombre. Si lo hallamos, encontraremos también a la desaparecida.

—Si alguno de ustedes quiere ocuparse del asunto, le pagaré espléndidamente—dijo ella, sonriente.

—Pondremos todos los medios para complacerla, señorita.

—Pues ahí va eso a cuenta.

Dejó miss Wonderly dos billetes de cien dólares sobre la mesa y se marchó, repitiendo que tenía puesta en los detectives toda su confianza para que le devolvieran a la hermanita.

Los policías se guardaron cada uno un billete, y Archer se dispuso a efectuar aquella misma noche sus primeras investigaciones acerca de aquel caso.

—¡Ah, por cierto!—le dijo Spade—. Su esposa ha llamado, Archer.

—Bien. Ya iré a verla luego.

Archer salió para comenzar sus gestiones, y Spade repasó la lista de sus conquistas, para ver cuál le tocaba de turno aquella noche.

Eran los dos hombres de dudosa moralidad y a pesar de su profesión de detectives, más cerca estaban de la delincuencia que de la ley. No reparaban en medios para ganar dinero y se saltaban tranquilamente las barreras de la legalidad cuando convenía.

* * *

Al día siguiente comunicaron por teléfono a Spade una sensacional noticia. Su socio Archer había sido encontrado asesinado por la espalda en una calle de la ciudad.

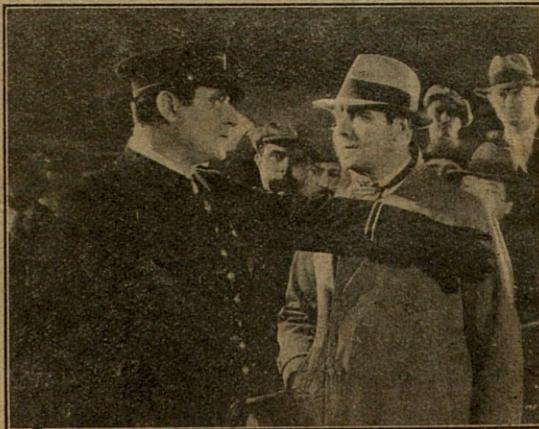
A Spade le preocupó profundamente la muerte de su socio y la atribuyó a Thursby, el misterioso raptor.

Iba a salir para realizar algunas investigaciones, cuando entraron en su despacho dos agentes de policía, antiguos conocidos suyos que estaban bien enterados de la conducta poco moral de Spade.

—¿Sabes tú si trabajó anoche Archer? —le preguntaron.

—Sí. Seguía a un individuo llamado Thursby.

—Pues Thursby fué encontrado asesinado media hora después de la muerte de Archer.



Iba a salir...

Aquella nueva revelación causó gran sorpresa a Spade.

—No comprendo... Atribuyo la muerte de Archer... a Thursby... Pero ¿quién pudo asesinar a éste?

—¿No lo sabes?. Pues nosotros, sí... Fuiste tú, para vengar a tu socio.

—¿Yo? ¡Qué estupidez!

—¡No te rías!... Tenemos sospechas. La lá-

tima es que Thursby murió sin poder declarar.

—Pues yo os prometo que nada tengo que ver con ello. Ni siquiera conocía a Thursby.

—Eso ya se lo contarás al juez.

—¿Me detienes?

—Todavía no. Pero no intentes huir, porque tan pronto tengamos pruebas, te echaremos el guante.

—Gracias por el aviso.

Salieron los agentes, y Spade, sin perder ni un momento la serenidad, pues nada en absoluto tenía que ver con la misteriosa muerte de su socio ni con la de Thursby, se dispuso, sin embargo, a procurar aclarar aquel extraño asunto.

Y aquella tarde se dirigió a la casa donde vivía miss Wonderly. La desconocida estaba ya enterada de los dos asesinatos, y recibió a Spade con una sonrisa triste, en que parecía florecer como un secreto.

La miró Spade recelosamente y se fijó en que ella tenía sobre la mesa un libro abierto, titulado "La extraña historia del pájaro negro" (El halcón).

—La supongo enterada...

—De todo.

—¿Y su hermana?

La joven se echó a reír, acercándose mucho a él y mirándole con ojos maliciosos.

—¡Pobre Spade!... Lo que le conté ayer... fué pura mentira.

—¿Cómo?

—No existe tal hermanita... Tenía ganas de divertirme con usted.

—Por doscientos dólares más, puede usted volver a mentir.

—No se disguste. Al fin y al cabo, usted recibió dinero.

—Pero ¿qué finalidad era la suya?

—Eso no se lo puedo decir.

—Sin embargo, debo saberlo. Ha habido dos victimas. La policía investiga acerca de ello y...

—¿Me cree usted culpable, Spade?

Y volvió a reír y echó sobre él el fino aroma de su cigarro egipcio.

—La policía lo dirá... Yo no puedo dar detalles.

La Wonderly se sentó a su lado, en el mismo sofá, muy junto a él, y envolviéndole en su perfume delicioso, le dijo:

—Necesito su ayuda, Spade.

—¿Para qué?

—Confié en Thursby... y me traicionó... ¡Ayúdeme usted!

—No entiendo por qué... Necesito saber una cosa. ¿Quién mató a Archer?

—Thursby—dijo sin vacilación.

—¿Está usted segura?

—¡Sí!

—Y a Thursby, ¿quién lo mató?

—No lo sé.

—De modo que usted era amiga de Thursby, ¿verdad?

—Lo había sido.

—¿Y me quiere contar por qué inventó usted la historia de su hermana y qué clase de negocios le unían a usted con Thursby?

—No se lo puedo decir.

En Spade revivió el hombre de negocios su-

cios, el sujeto capaz de aprovecharse de todas las situaciones.

—Pues bien, necesito quinientos dólares. Si no me los da usted en el término de veinticuatro horas... la denunciaré a la policía como cómplice de esos asesinatos.

—¿Usted haría eso? ¿Sería capaz de traicionarme?

Y casi le abrazó, como si estuviese dispuesta a darle unas alegres horas de amor a cambio de su silencio o su colaboración.

Pero Spade, aunque tenorio, rechazó los arrumacos de su misteriosa amiga y se marchó de la casa dispuesto a cumplir sus amenazas si ella no le daba satisfacciones económicas.

* * *

Aquella noche, al volver a su despacho, recibió la visita de un desconocido que le entregó una tarjeta en la que había el nombre de "Doctor Cairo".

—Vengo a darle a usted el pésame por la muerte de su asociado... ¿Sospecha usted, señor, si su muerte tiene conexión con la de Thursby?

—Lo ignoro, doctor. Pero ¿a qué viene esa pregunta?

—Es que tal vez esos asesinatos tengan relación con un objeto que busco.

—¿Un objeto?

—¡Sí!... Una escultura... Un halcón... Pago por el cinco mil dólares.

Recordó Spade el libro que había visto en casa de miss Wonderly, y contestó:

—No sé nada.

—De todos modos, señor Spade, voy a registrar su despacho. Temo que pueda usted tener aquí el halcón.

Y sin darle tiempo a defenderse, empuñó un revólver y comenzó a registrar la oficina. Pero Spade, enérgicamente, se lanzó contra él y le arrebató el arma.

—¡Es usted muy listo, Spade!

—No tengo el halcón, se lo aseguro, doctor Cairo... Pero ¿mantiene usted la oferta anterior?

—La mantengo.

—Procuraré hallarlo. Yo no desperdicio negocio.

—Pintado de negro, pero de oro en su interior.

—Perfectamente... Procuraremos dar con él.

El doctor se alejó con alguna desconfianza respecto del detective Spade, y éste se dirigió a su casa, donde a poco recibió la visita de miss Wonderly, que iba a entregarle los quinientos dólares.

—¡Guárdese eso! —dijo Spade—. Hemos de hablar. He recibido la visita del doctor Cairo.

La joven sintió un estremecimiento.

—Me ofrece cinco mil dólares por un halcón. Yo estoy seguro de que usted está interesada en ese asunto.

—Pues bien. No quiero negárselo. El halcón tiene para mí un gran interés.

—¿Y acaso por él murió Thursby y de resultas mi socio Archer?

—¡Sí!

—Ya voy aclarando los hechos. Pero algo

11

no acabo de entender. ¿Por qué quiso usted entrar en relaciones con nosotros? ¿Por qué inventó usted lo de su hermana?

—Permitame que a eso no le conteste hoy. Sepa sólo que el halcón me interesa en gran manera y que, siendo usted detective, en usted fío para librarme de mis rivales.

—¡Bien! Yo estoy dispuesto a ayudarla... siempre que me pagué más que el doctor Cairo.

—Le daré diez mil dólares si inutiliza a mis enemigos, que quieren arrebatarme el halcón, que llegará en breve a mi poder.

—¡Conforme!

Llamaron a la puerta. Spade abrió y se encontró frente a frente con los dos agentes de policía que habían estado antes en su despacho.

Salió con ellos al rellano de la escalera, no queriendo que viesen a miss Wonderly.

—Preferiría damas a policías. ¿Qué desean?

—Hemos oído ciertos rumores.

—¿Sobre qué?

—Dicen que tú y la esposa de Archer... teníais ciertas relaciones y que has sido tú quien ha matado al marido.

—¡Carámba! ¿Eso dicen? Adúltero... Asesino... ¿Nada más?

—¿Te parece poco?

Se oyeron gritos de mujer, y Spade y los agentes entraron precipitadamente en el piso, encontrando al doctor Cairo amenazando con un revólver a miss Wonderly.

Spade se echó sobre el doctor y le arrebató el arma.

—¿Qué significa eso? —preguntó uno de los agentes.

Miss Wonderly estaba pálida. Spade, sin perder la serenidad y sin querer que la policía interviniere en aquel asunto—bien comprendía que el doctor Cairo, sospechando que miss Wonderly pudiera tener el halcón, la había atacado—dijo a los agentes:

—No ha sido nada, señores. Pueden ustedes retirarse. Miss Wonderly es mi dependienta y el doctor Cairo mi alumno.

—¿Por qué el doctor amenazaba a la señora?

—Es una broma nada más, crean ustedes.

—¡Eso es!—exclamó ella, comprendiendo los móviles de Spade.

—¡Sí, es verdad!—ratificó el doctor.

—Pues entonces, ¿por qué entró usted por la puerta trasera?—advirtió uno de los agentes a Cairo.

—Llevo mucho dinero y me seguían.

Y el doctor Cairo, excusando de nuevo su intervención, abandonó la casa, sin querer dar más explicaciones, pues tampoco quería tratos con policías, mientras los agentes se alejaban al poco rato, después de repetir a Spade sus sospechas y decirle que tal vez pronto tendrían orden del juez contra él.

—Nada de ello me importa. ¡Soy inocente!

Miss Wonderly intentó marcharse después de convenir en que Spade la ayudaría contra los enemigos que pudieran presentarse, pero el poco escrupuloso detective la convenció de que se quedara allí con él.

Hablaron, simpatizaron mucho. Spade puso ahora a contribución sus recursos de tenorio, y como miss Wonderly era una mujer de temperamento libre y alejada de toda clase de

preocupaciones y de una moral muy dudosa, dió oídos a sus voces de sirena y no se movió en toda la noche de allí.

* * *

Al día siguiente, muy de mañana, mientras miss Wonderly dormía aún en la alcoba de Spade, éste se apoderó del llavín que tenía la joven en su monedero y marchó a casá de ella.

Procedió a un registro, buscando algo que se relacionara con el halcón, algo comprometedor o que le orientara en aquel mar de confusiones. Porque, por ahora, miss Wonderly sólo le había hablado de que en breve iba a recibir un halcón que valía un dineral, pero no le había dicho nada de todas aquellas misteriosas circunstancias que rodeaban la personalidad de Thursby y del raro modo que ella había tenido para presentarse.

Pero el registro resultó infructuoso. Y tuvo que volverse a su casa sin haber conseguido el menor esclarecimiento.

Miss Wonderly se levantó y vistió un magnífico kimono de seda.

Habló largo rato con Spade, y de pronto llamaron a la puerta.

Spade, que vivía sin servidumbre, fué él mismo a abrir la puerta, y se sorprendió desagradablemente al encontrar a Iva, la viuda de Archer, que se mostraba furiosa por el momentáneo abandono en que en aquellos días de duelo la tenía su amigo.

—Tienes una osadía inmensa... Me dejas sola, abandonada en mi desgracia.

—¡No te enfades, preciosa! Tuve mucho que hacer.

Y como ella hiciese acción de querer entrar, Spade se opuso.

—¿Cómo? ¿No me dejas pasar?

Empujó rudamente a Spade y penetró en el pisito.

Miss Wonderly, que había oido voces femeninas, salió a ver lo que sucedía, e Iva, al verla, lanzó una exclamación de celos.

—¿Quién es esa mujer que lleva mi kimono?

—¡Cálmate, Iva! Yo te explicaré.

Pero Iva se marchó, jurando vengarse de Spade, mientras éste, nervioso, se apresuraba a dar explicaciones a la Wonderly, que, enfurecida también de celos, se quitó el kimono y salió poco después de la casa.

Muy disgustado por el encuentro de las dos mujeres que acaso le hiciese perder el grato amor de las dos, Spade se dirigió a su despacho, donde a poco recibió una carta que decía así:

“Señor Spade: Le ruego se presente inmediatamente en la habitación número 900 del Palace Hotel y se enterará de algo muy importante relacionado con “El halcón”. —Gasper Gutman.”

Intrigado por ese nuevo personaje que intervenía en aquel extraño asunto, Spade se dirigió en el acto al Palace Hotel.

Le recibió el señor Gutman, un sujeto meloso, muy elegante, de formas suaves.

—Celebro que haya usted acudido para hablar del halcón.

—Usted dirá.

—Ante todo, ¿es verdad que representa usted a miss Wonderly?

—Vengo aquí por mi cuenta.

—¡Mejor!... Así creo será preferible entendernos. ¿Usted conoce algo relacionado con el halcón?

—Algo, pero no acabo de comprender...

—Yo se lo diré. ¿Usted ha oido hablar de la Orden de San Juan?

—Ni que exista.

—Pues es una de las Ordenes de caballeros más importante del mundo. Hace siglos una nación europea dió a los caballeros de San Juan la isla de Malta, pero exigió en compensación un halcón de oro...

—¡Ah!

—El poderío de la Orden fué enorme después de las cruzadas. Y, en fin, regalaron un halcón de oro, con incrustaciones de pedrería.

—¿Y es el mismo que ahora?...

—Exacto. Pero déjeme usted terminar. El halcón no llegó a poder de aquella nación europea, porque lo apresaron los piratas.

—¡Ya!

—Y en 1840 estaba en París barnizado de negro. En 1911 lo halló un griego, pero fué asesinado, y el halcón desapareció... Ahora, al cabo de años, mis agentes lo compraron al ruso Kermidoff por poca cantidad, pero no me lo han entregado.

—¿Y ahora lo posee Kermidoff?

—No lo sé. Dígame, ¿me puede usted ayudar a rescatarlo?

—¿Cómo no?

—Miss Wonderly está interesada en tener-

lo. Yo quisiera que usted, si el halcón llegase a poder de ella, me lo entregase.

—Yo sirvo a quien me paga más. Este es mi lema, y prescindo de toda otra consideración.

—Le daré 25.000 dólares a la entrega y 25.000 dólares al llegar a Nueva York.

—No me conviene.

—O la cuarta parte de lo que valga.

—Necesito cifras concretas.

—¿Le parece bien cien mil dólares?

—¿No se arrepentirá usted?

—No. Queda establecido nuestro pacto. Y se estrecharon sus manos en firme amistad.

—Déjeme darle algunos informes—siguió diciendo Gutmann—. He leído en la prensa que hoy, procedente de Hong Kong, llega el vapor "Paloma" con carga y pasaje. Manda el barco el capitán Jacobi...

—¿Y qué?

—¿No ha oido usted hablar a miss Wonderly del capitán Jacobi?

—No.

—Pues ella conoce mucho al capitán. Les he visto juntos varias veces en Hong Kong.

—¿En Hong-Kong?

—Sí. Y sospecho que el capitán desembarcará con el halcón.

Apareció el doctor Cairo, quien colaboraba con Gutman en la busca de aquel codiciado animal.

Spade, a quien no importaba vender ni traicionar a quien fuese, con tal de salir él beneficioso, se puso, pues, a la disposición de aquellos dos hombres para recuperar el halcón.

—¡Bebamos por nuestro éxito!—dijo Gutman.

Descorcharon una botella de champaña, chocaron sus copas, y Spade se marchó alegramente a su despacho, con la seguridad absoluta de hacerse en breve rico.

* * *

Poco después de haber llegado a su oficina y en ocasión de que estaba hablando con su secretaria, apareció un capitán de barco llevando en la mano una maleta, y después de pronunciar unas cuantas palabras incoherentes, cayó desplomado al suelo.

Corrieron hacia él y vieron que había muerto... Tenía una herida en la espalda; una bala traídora había terminado con su vida.

Impresionado por aquel desagradable acontecimiento, Spade registró los bolsillos del muerto y encontró la documentación del capitán Jacobi.

¡Oh! ¿Vendría aquel hombre a ofrecerle el halcón? ¿Sería emisario de miss Wonderly?

Registró la maleta y encontró, efectivamente, en ella un halcón.

Le invadió una gran alegría. Aquello valía una fortuna. Inmediatamente tomó el acuerdo de llevar el halcón a lugar seguro. Lo encerró de nuevo y se dispuso a mandarlo a la consigna de la estación para que allí se lo guardaran en depósito, hasta el día siguiente.

Así lo hizo, y después, por la noche, sacó disimuladamente el cadáver del capitán de barco y lo transportó en automóvil al río, abandonándolo en sus márgenes.

Al otro día se levantó temprano y se dispuso a ir a casa de miss Wonderly para que ella le explicara algo respecto del capitán Jacobi. ¿Quién había podido herirle? ¿Por qué había ido precisamente a casa de Spade?



...y encontró en ella un halcón.

Pero ya en la calle fué detenido por aquellos dos agentes de policía que estaban continuamente sobre su pista.

—Ven con nosotros. El juez desea verte.

—¿Y pues?

—El te contará.

Les siguió, algo intranquilo. ¿Habrían descubierto lo del capitán Jacobi? ¿Le acusarían a él de aquel asesinato?

Pronto se convenció de que sus sospechas eran infundadas, pues el juez le dijo:

—La señora Archer le acusa.

—¿De qué?

—De haber matado a su marido.

—Eso es completamente falso!

¡Vaya con Iva! Era, seguramente, por celos que lanzaba aquella gratuita suposición.

—¿Quién sospecha, pues, que mató a su socio?

—Yo no lo sé aún, pero estoy en camino de saberlo.

—Pues le doy a usted un día de tiempo. Si en veinticuatro horas no aclara el caso, le arrestaré.

Libre por unas horas, Spade se dirigió a su domicilio. Deseaba meditar un poco lo que había de hacer. ¿Cómo saber quién había dado muerte a Archer? ¿Cómo presentar pruebas? No quería dar un paso en falso. Tenía ya en su poder el halcón y había que obrar con gran cautela para sacar de él todo el dinero posible.

En tales preocupaciones andaba cuando recibió la visita de miss Wonderly.

Después de besar a su amigo, la joven le manifestó que había leído, horrorizada, en el periódico, que había sido encontrado muerto el capitán Jacobi.

—El capitán acababa de llegar de Hong-Kong. Yo hablé con él y le envié a su casa para que usted se hiciera cargo del halcón. Pensaba que estaba más seguro en su poder. ¿Lo tiene? ¡Confésteme usted, por favor, Spade!

El joven negó energicamente que conociera nada relacionado con aquel asunto. Quería

evitar que ella sospechara que tuviera en su poder el halcón.

—Entonces debe ser obra de mis enemigos, del doctor Cairo y de ese profesor Gutman, que persiguen el mismo fin que yo. ¡Los miserables! Ellos habrán matado al capitán y se habrán apoderado del halcón.

Llamaron insistenteamente a la puerta. Spade temió una nueva visita de la policía y fué a abrir. Pero fué grande su sorpresa al ver ante él al doctor Cairo, a Gutman y a un sujeto de mal talante que llevaba encasqueta una gorra hasta las orejas.

—¿Qué vienen ustedes a hacer aquí? No es momento este de visitas.

—¡Déjese de cosas! ¡Hemos de hablar con usted! —dijo Gutman.

Empujaron la puerta y entraron en el salón, donde encontraron a la Wonderly.

—¿Usted también aquí? —dijo Gutman—. Me alegro de verla. Eso me indica que usted y Spade pretendían negociar juntos con el halcón.

—Tengo tanto derecho como usted a él —dijo la muchacha—. Mi padre estuvo ya toda su vida trabajando para adquirirlo.

—Pero nosotros lo compramos y usted nos lo quitó. ¡Ah! Y usted, Spade, juega con dos juegos de cartas... Pero no valen esas cosas, y el halcón será para mí.

—¿Qué quiere decir? —indicó ella.

—Que yo he prometido cien mil dólares a Spade si me daba el halcón.

Miss Wonderly contempló furiosa al detective.

—Comprendo! ¡Me estaba usted tracio-

nando! ¡Usted y nadie más que usted tiene el halcón!

—Naturalmente que lo tiene. Jacobi se lo entregó, estoy seguro. Bueno, Spade, denos el halcón y le entregaré inmediatamente su dinero, tal como habíamos quedado —dijo Gutman.

No quiso ya Spade negar más que él poseía el codiciado tesoro.

—¿Mantiene usted lo de los cien mil dólares?

—Naturalmente!

—Deme primero el dinero.

La indignación de miss Wonderly, al verse vendida, fué extraordinaria. Spade sonreía, y ella, entonces, pasó del lado dramático y furioso a la petición llena de humildad y de piedad.

Las súplicas de la mujer iban en aumento, y Spade, que era hombre oportunísimo en todos los instantes, simuló acceder a los deseos de ella.

—No se enfade. Yo le daré la mitad del dinero.

—Todo me corresponde a mí. El halcón era mío.

—Usted me lo entregó.

—Sólo se lo dejé en depósito. Crefa que estaba más seguro en su poder. ¡Qué equivocación tan grande!

—El depósito paga intereses.

Gutman y sus acompañantes miraban recelosos a Spade y a la mujer. Gutman se resistió aún a entregar la cantidad, pues quería ver primeramente el halcón. Pero Spade deseaba antes que nada los cien mil dólares.

Se los dió en billetes de diez mil, que Spade contó, encontrándolos perfectamente... Gutman cogió un sobre y metió el dinero dentro de él, poniéndolo después encima de una mesa.

Como Spade fuese a cogerlo, él le obligó a dejarlo.

—Eso no se mueve de ahí hasta que llegue el halcón. ¡Pues no faltaba más! Y usted, miss Wonderly, tenga la bondad también de no tocar el sobre.

Obedecieron. Gutman volvió a mirar el dinero y de pronto dió un grito de sorpresa.

—Aquí falta un billete. Yo he puesto diez papelitos y sólo hay nueve.

—Usted sabrá lo que ha hecho—protestó Spade.

—Usted o miss Wonderly me han quitado el dinero.

—¡Yo, no!...

—Pues ha sido la joven... A ver, ¿qué ha hecho usted del billete?

—Yo no lo he tocado. Se lo aseguro a ustedes.

—¡Devuélvalo usted o desnúdese!

Spade sospechó también de ella, y entonces la joven se dirigió a la habitación contigua y empezó a quitarse la ropa para demostrar que ella no tenía el dinero.

Cuando Spade se convenció de que su amiga no poseía el billete, volvió a la estancia donde se encontraban los tres cómplices, y Gutman se echó a reír al verle.

—Perdonen ustedes. Había puesto distraídamente uno de los billetes en mi bolsillo.

Spade se enfadó.

—Usted ha tratado de burlarse de mí y de

miss Wonderly, ¿verdad? Pero ¿creen ustedes que tienen derecho a burlarse de nosotros? ¡Fuera de aquí!

Les amenazó con un revólver, pero los tres hombres no perdieron la serenidad.



—¡Deje eso!...

—¡Deje eso!—dijo uno de ellos—. Nosotros no hemos querido burlarnos de usted. Gutman se equivocó al creer que había desaparecido un billete. Seamos amigos, que esto nos valdrá más. Ande, entréguelos usted el halcón y terminaremos pronto.

Spade se decidió a ello. Telefoneó a su secretaria rogándole que a primera hora de la mañana siguiente fuese a retirar de la consigna de la estación aquella maleta.

—No estará aquí el halcón hasta mañana.

Lo mejor sería que se fuesen ustedes.. y que volvieran.

Gutman sonrió.

—¿Nos cree usted tontos? ¿Para que vuela usted a escapar con el halcón? ¡Qué estupidez! No nos hemos de mover de aquí hasta tener en nuestro poder el animalito.

Y a pesar de las razones que dió Spade para que saliesen, no pudo lograr que se marcharan.

Miss Wonderly se llegó a ellos, y Spade, sonriente, le rogó sirviese vinos y pastas a los tres compañeros.

La libación repetida sirvió para animar a Gutman y al doctor Cairo, quienes comenzaron a burlarse de su otro compañero, Wilner.

El doctor Gutman, risueño, soltándose de la lengua, de una manera de la que seguramente luego se habría de arrepentir, empezó a contar la intención suya y de sus amigos en todo aquél asunto del halcón.

—Pues, sí, Spade, sí... Fué nuestro amigo Wilner, pistolero de profesión, el que mató a Jacobi y a Thursby.

—Pero ¿cómo fué eso? ¿Por qué?

—Thursby había sido amigo de miss Wonderly, ¿verdad? Sabíamos que Tursby quería apoderarse del halcón, y Wilmer le dió muerte. En cuanto a Jacobi, Wilmer disparó contra él, pero no pudo evitar que el capitán, mal herido y todo, escapase.

El pistolero, que llevaba bebidas bastantes copas, protestó de que le acusasen de aquel modo, y miss Wonderly aseguró, enfurecida, que ella no tenía nada que ver con aquellos crímenes.

—¡Admirable! ¡Admirable! — dijo Spade, sonriente—. Yo sólo querría saber ahora quién mató a mi socio Archer... y por qué... ¿Sabe usted algo, miss Wonderly?

Ella se estremeció.

—No, no!

—Pues ¿por qué quiso usted que Archer o yo nos cuidáramos de sus asuntos?

No respondió la mujer, negándose a aclarar toda la misteriosa intervención que ella había tenido.

La conversación languideció; las continuas libaciones habían hecho sus efectos, y el señor Gutman y sus cómplices se entregaron, sentados en sus sillones, al sueño. También miss Wonderly, aunque agitada por una gran inquietud, durmió algo... Spade era el que se mostraba más sereno, pensando únicamente cómo hacerlo para poder escapar al día siguiente con los cien mil dólares... y librarse de la Wonderly.

A las nueve en punto de la mañana se presentó en casa de Spade la secretaria de éste con la maleta que había retirado de la estación.

Con emoción extraordinaria procedieron a abrirla, creyendo encontrar en ella el halcón, clave de tantos misterios. En efecto, allí estaba, negro, reluciente, sombrío.

Pero Gutman quiso convencerse de que era el auténtico halcón, y con un martillo empezó a rayarlo, deseando ver aparecer tras la capa superficial de pintura el esqueleto de oro. Y pronto tuvo que convencerse de la amarga verdad. El halcón no era de oro, sino de madera.

—¡Un engaño! ¡Un engaño! —gritó Gutmann. Todos se hallaban desilusionados. Y había tanta sorpresa en los rostros de Spade y de la mujer, que Gutman tuvo la seguridad de que no eran ellos los autores del cambio.



El halcón no era de oro...

—¡Comprendo lo ocurrido! —murmuró—. Kermidoff ha hecho un duplicado y se ha quedado con el halcón de oro, habiendo mandado uno de madera que nos vendió y que usted nos robó, miss Wonderly, creyendo que era el auténtico.

La joven no contestó.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Cairo.

—Volver a Europa. Intentar de nuevo la captura del verdadero halcón.

Gutman quiso apoderarse del sobre en que

había los cien mil dólares, mas ya Spade se los había quitado.

Sin embargo, Gutman le amenazó con un revólver.

—Deme ese dinero. ¡Pues no faltaba más! ¿De modo que me da usted un halcón falsificado y encima quiere que le regale tan importante cantidad? ¡Venga el sobre si no quiere que le meta un balazo.

Tuvo que entregarle el sobre, y los tres cómplices salieron precipitadamente, lamentando haber realizado tantos pasos en falso. Era preciso volver a empezar, pero ellos no ejarián hasta haber obtenido su triunfo.

* * *

Miss Wonderly parecía abatida, bajo el peso de una grave acusación, de una fuerte responsabilidad de conciencia,

—¡De nada me ha servido cuanto hice! —se lamentó—. ¡Todo está perdido!

—¿Me quiere explicar de una vez todo lo ocurrido? ¿Me quiere decir qué intervención ha tenido en ese asunto?

—Está ya todo perdido, ¿verdad? Pues bien, quitémonos de una vez las caretas. Voy a confesarle la verdad. Me da ya lo mismo una cosa que otra. Intentaba usted traicionarme, ya no puede seguir nuestro amor.

—¡Pobre mujer! ¡No se disguste! Yo hubiera partido con usted el dinero, porque yo, aunque crean lo contrario, siempre he sido generoso con las mujeres que me dieron un poco de cariño.

—Soy para usted una de tantas, ¿no es cierto?

—Una de las que iluminaron mi vida.

Pero cuando ella parecía propicia a la confesión, aparecieron dos agentes de policía que procedieron a la detención de Spade y también de miss Wonderly, pues esa mujer les inspiraba igualmente profundas sospechas.

Fueron conducidos ante el juez. Este dijo a Spade que la señora Archer seguía manteniendo la acusación contra él, al que creía autor de la muerte de su marido.

Spade protestó enérgicamente.

—Yo nada tengo que ver con el asesinato de mi socio. Se lo juro a usted. En cambio, sé quién mató a Thursby. Fué Wilmer, un pistolero al servicio de Gutman y de Cairo, dos individuos que querían apoderarse del halcón.

—¡Los dos no existen ya! —dijo severamente el juez.

—¿Cómo?

—Sí. Hace poco, ésta misma mañana, tuvieron una seria disputa, se cree que por cuestión de intereses, con Wilmer, y éste mató a Cairo y a Gutman.

—Es espantoso!

—Wilmer está preso, y convicto y confeso de haber matado, además, a Thursby y al capitán Jacobi, instigado por Gutman.

—Ese hombre era un monstruo.

—Pagará sus crímenes en la silla eléctrica. Aunque basta un solo asesinato para que se pague del mismo modo. Y usted mató a Archer, Spade. Empiece a tomar ejemplo.

—¡Yo, no! ¡Yo, no! ¡Se lo juro!

Entonces, ante aquella acusación, miss Wonderly, no queriendo que Spade, al que, a pesar de su ingratitud y traición, profesaba cierto

amor, fuera acusado de un delito que no había cometido, se dispuso a confesar toda la verdad.

Thursby y ella habían sido amigos en otro tiempo. Pero después Thursby se separó de ella, convirtiéndose en su irreconciliable enemigo a fin de conseguir apoderarse del halcón.

Kermidoff había vendido el halcón—que luego tenía que descubrirse era burdamente falsificado—a los emissarios de Gutman. Este se encontraba en Hong-Kong en espera de aquel tesoro. Pero antes de que el halcón llegara a aquel puerto, miss Wonderly había conseguido apoderarse de él y se lo entregaba al capitán Jacobi para mayor seguridad para que éste se lo diera después a ella misma en San Francisco.

Thursby era capaz de todo para conseguir también el halcón, y comprendiéndolo así la joven, cuya vida había sido una cadena de aventuras en las que floreció de continuo la delincuencia, se dispuso a eliminar, a inutilizar a aquel hombre. Y para ello, ya en San Francisco, no encontró mejor medio que ir a visitar a Spade y a Archer, inventando la historia de que una hermana suya había sido secuestrada por Thursby a fin de que persiguieran a éste.

La noche en que Archer se puso en movimiento para atrapar a Thursby, ella, que seguía al detective, al verle entrar en una taberna en la que acostumbraba ir gente, poco recomendable, disparó un tiro contra él, dejándolo muerto. Luego huyó entre las sombras, convencida de que todo el mundo atribuiría

el asesinato de Archer a Thursby, que para defenderse del detective habría disparado contra él. Pero el asesinato de Thursby aquella misma noche hizo inútil su crimen, pues otras gentes—las de Gutman—acabaron con él.

La declaración de la muchacha sirvió, pues, para que resplandeciera la inocencia de Spade, quien fué puesto inmediatamente en libertad, siendo en cambio dictado contra miss Wonderly, convicta y confesa de su crimen, auto de procesamiento y prisión.

Y por primera vez en su vida sintió Spade una ligera melancolía ante la triste situación en que iba a quedar miss Wonderly.

Y poniendo a contribución toda clase de influencias, consiguió que le fuese rebajada bastante la pena a aquella mujer y esperó que pronto fuera puesta en libertad.

Algunas veces había ido él a verla, y la Wonderly le aseguraba que estaba bien arrepentida de lo hecho, y que jamás volvería a reincidir... Y Spade le prometió que él, por su parte, escarmientado de los inconvenientes que produce el hacer el mal, el apartarse de la ley, no intervendría en lo sucesivo en negocios sucios, y que, si ella quisiera, tan pronto como la joven estuviese libre, marcharían a América del Sur para rehacer su vida y no volver a acordarse de historias tan siniestras como la del halcón, ni de amores tan comprometedores como los de Iva Archer.

Y ella accedió, y a través de la reja de la cárcel besó amorosamente los labios del que iba a ser su protector.

FIN

Acaba de aparecer en las selectas **Ediciones Especiales** de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA la magnífica novela

El hombre que asesinó

Asunto hablado en español e interpretado por Rosita Moreno, Ricardo Puga, Elena D'Algí, Carlos San Martín, etc.

Exija siempre las novelas cinematográficas de

Ediciones BISTAGNE

Las mejores películas.—Los mejores artistas.

Las mejores narraciones.

Siempre

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. — BARCELONA

Precio popular: 1 pta.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tip. Barcelona - Arribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas . 2. Madre pecadora . 3. Estrella simbólica . 4. La losa del pasado . 5. La mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso . 7. Nueva muier, nueva vida.
8. Amanecer . 9. Tras la cortina . 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) . 11. En la vieja Arizona . 12. Honrarás a tu madre . 13. Nobleza baturra . 14. Su majestad El Amor . 15. Amor siniestro . 16. Eugenia Grandet . 17. Ana contra el mundo . 18. La hermana blanca . 19. De muier a muier . 20. Mujeres frívolas . 21. No me olvides . 22. El caballero del amor . 23. Estrellas fugaces . 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad . 26. El prisionero de Zenda.
27. Sendas tráicioneras . 28. El príncipe Stravos . 29. Fútbol, amor y toros . 30. Hombres peligrosos . 31. Sed de cariño . 32. Luna de miel . 33. Shari (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes . 35. Una mujer en Wall Street . 36. Las tres hermanas . 37. Cara o cruz . 38. La calle del azar . 39. La batalla de París . 40. Malas compañías . 41. El conquistador . 42. La caza del millón . 43. El enemigo silencioso . 44. El príncipe X . 45. Canción gitana.
46. ¿Quién disparó? . 47. El capitán Tormenta . 48. Arco Iris . 49. Estrellas del «Edén» . 50. Siete días con licencia.
51. ¡Qué hombre tan guapo! . 52. Bataclán . 53. La santa amistad . 54. Dramas del circo . 55. El reporter del diablo.
56. Vértigo del tango . 57. La noche es nuestra . 58. El premio de belleza . 59. ¡Siempre alerta! . 60. El misterio de Villa Elena . 61. El testamento Nodelko . 62. Oro y sangre.
63. Ingenuidad peligrosa . 64. La locura del oro . 65. Hermanas frívolas . 66. Estrellas de Occidente . 67. ¡Desamparado!
68. Un plato a la americana . 69. La casa de la flecha . 70. El defensor . 71. Jóvenes pecadores . 72. Esposas de médicos . 73. Su hombre . 74. ¡Vaya, muieres! . 75. Todo por el aire . 76. Flor de pasión . 77. Por un par de pijamas.
78. Pobre tenorio . 79. Música de besos . 80. El otro yo.
81. El camello negro . 82. A toda marcha . 83. Me voy a París . 84. Gordas y flacas . 85. Estaré sola a media noche.
86. El hijo pródigo . 87. La aventurera . 88. Tres muchachas francesas . 89. El temerario . 90. Mi padre es un fresco.
91. Ternura . 92. Rascacielos . 93. Un provinciano en París.
94. Díosas de Montmarthe . 95. La huérfanita . 96. El centauro . 97. Cuatro estudiantes . 98. Luz de Montana . 99. La riada . 100. El puñal malayo . 101. El trío fantástico . 102. El salto decisivo . 103. Su gran noche . 104. Embajadores sin crimen
105. Hazte rico pronto . 106. Aristócratas del crimen

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18851 - BARCELONA